

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO

LEÍDO POR EL

SR. D. ANGEL MARÍA CASTELL

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y CONTESTACIÓN DEL

SR. D. JOAQUÍN LARREGLA

EL DÍA 27 DE JUNIO DE 1928



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Calle de Juan Bravo, 5.

1928

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO



MADRID  
1882



# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

SEÑOR DON ANGEL MARÍA CASTELL

EL DÍA 27 DE JUNIO DE 1928



M A D R I D

1 9 2 8



DISCURSO  
DE  
DON ANGEL MARÍA CASTELL



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Un cronista de la Música se ha acercado a esta docta Casa considerada por él cual Meca de sus anhelos en el caminar al través de las actividades periodísticas. Le habéis franqueado el paso por voto unánime, que es ejecutoria de nobleza de vuestros sentimientos y, a la vez, timbre de honesto y legítimo orgullo en el historial de sus trabajos, recompensados hoy con tanta esplendidez de honores.

Hacéis lo que vale más, con valer mucho el abrirle las puertas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: le abrí los brazos como signo de fraternal cariño. Dios os lo pague con la misma intensidad que la de mi gratitud, y El me perdone si peco por vanidad cuando me considero remontado desde mi obligada modestia al honroso sitio de Académico, aunque para mi conciencia no sea ese pecado de los que decía Santa Teresa que no abultan un escrúpulo y pesan una montaña.

De rigor y justicia es rendir tributo de respeto y homenaje de alabanza a la ilustre personalidad que honró mucho más que yo pueda hacerlo, este puesto.

Recordaréis gratamente al que fué vuestro compañero ilustre, Antonio Garrido Villazán, el que, militar en sus mocedades, cambió en la edad madura la espada con que defendiera a la Patria por la Nottunga de Sigfredo en apostólica propaganda de la música wagneriana. De la diafanidad de su entendimiento y de la solidez de su cultura son testimonio elocuente los libros que, con dominio de varios idiomas, dejó escritos, y su brillante labor literaria esparcida en fecundo trabajo periodístico, mucho de él en defensa de la música escénica y de la sinfónica. De esa actividad intelectual dan fe veinticinco años de su vida consagrados a la que fué veterana *Ilustración Española y Americana*.

Al ingresar en esta Real Academia desarrolló, con felicísima

y castiza expresión, el tema de «La influencia de la música en el desenvolvimiento social». Las doctrinas sanas y nobles que expuso emanaban de una conciencia serena que hacía de sus convicciones credo en el apostolado que con paso firme ejerció desde estos escaños y fuera de la Academia, desde las columnas de la prensa o el libro, del que hizo en materia militar y en la artística, cátedra circundada por los resplandores del saber.

De más humilde condición literaria, de menor rango artístico, es este cronista que, sin embargo, no cede en punto a entusiasmos por la Música.

Enamorado de su profesión de periodismo, a la que lleva rendido tributo de cuarenta y cinco años de trabajo, no es un crítico. Para serlo, carece de competencia técnica. Os ha dicho en su hoja de servicios, no de méritos, que tampoco los tiene, que en su adolescencia estudió solfeo y piano, y, sin duda, este juvenil contacto con el pentágono, intensificó su sensibilidad y despertó mayor admiración por las bellezas estéticas del divino Arte.

Pero si conocimientos profundos y autoridad poseyese para ejercer la crítica, tampoco la habría cultivado porque, ante todo y sobre todo, he sido y pretendo seguir siendo periodista y con todos los respetos que merece el sacerdocio de la crítica, de la que soy ferviente admirador, considero que el periódico moderno, por lo mismo que es reflejo de la vida agitada y volandera de estos tiempos, síntesis que pudiéramos concretar en la fórmula de «el día al día», requiere la impresión recogida en una crónica mejor que el juicio reposado, sin limitaciones de espacio ni apremios de tiempo, de una crítica.

Muy bien está el discurso analítico en la revista, el libro o el folleto. Tiene adecuado lector técnico. No así la hoja diaria, cuyos lectores en su inmensa mayoría son profanos, rehuyen la tecnología y prefieren una amena charla escrita, en la que él se vea interpretado por el periódico lo mismo que vió interpretados por orquestas y concertistas los compositores que halagaron su oído y recrearon su espíritu.

Y he aquí lo que estimo misión fundamental de todo cronista de la Música: la de orientar y conducir en suave trabajo educativo por buena senda a los públicos, también y siempre buenos desde el momento que buscan emociones artísticas, que exteriorizan ingenuamente sus impresiones y las rectifican con igual espontaneidad cuando se percatan de que se equivocaron.

Entiendo que a esas masas simpáticas por alentadoras de toda manifestación de cultura y respetables por sus juicios, hay que hablarles el llano lenguaje de sus comentarios, no el com-

plicado y frío de la crítica; complicado como toda función de laboratorio, y frío, porque algo tiene de mesa de disección. El elevado, el espiritual, el de las emociones..., ese lenguaje es don que el cielo concede a la Música, por ser la más bella de las Artes y porque siendo impalpable, inmaterial su belleza, fascina cual perfecta y corpórea creación humana. Para mí los músicos son los pintores, los escultores, los arquitectos de las grandezas incorpóreas...

Por eso el cronista que temple su pluma en el calor del entusiasmo de los auditorios renovado en cada audición de una obra genial realiza, en mi modesta opinión, trabajo de más positiva eficacia para la divulgación de la cultura artística que la del crítico, dicho sea, insisto, con el debido tributo de admiración y acatamiento a la sabiduría y autoridad de los maestros de la crítica.

Además el trabajo de éstos es obra estática, fundamental, inmutable; pudiera decirse, empleando un término jurídico, que establece jurisprudencia. La función de la crónica es dinámica, porque dinamismo es la impresión de los públicos, y la página musical más vieja y conocida puede resultar nueva para el relato del cronista sólo por la variedad de la interpretación o del efecto producido en los oyentes.

Muchas veces me he preguntado cuántos de los lectores de mis crónicas me entenderían si, al hablarles, *verbi gratia*, de Albéniz, dijese que su característica fundamental consiste en la apoyatura, sin resolver, así como la de Debussy se funda en armonías cambiantes, en las cuales las segundas, quintas y novenas y los acordes sin enlace, forman la base. No diría nada nuevo para los técnicos, que son los menos, y para los profanos, que son los más, equivaldría a hablarles en chino.

Héctor Berlioz, que además de gran maestro de la Música, era exquisito y erudito escritor, ¿qué habría podido decir de las nueve Sinfonías de Beethoven, que no fuese crónica, después de publicado su libro, que comprende el estudio analítico de las páginas mencionadas?

Yo de mí se decir que, llegado el centenario de Beethoven, e invitado a escribir un artículo conmemorativo, pensé: ¿qué decir de nuevo de la gigantesca producción del glorioso maestro? ¿Qué imaginar en su apología?

Sólo se me ocurrió un ensayo de semblanza moral del *Beethoven de Egmònt*, y así titulé mi trabajo. *El Beethoven de Egmont* es, a mi juicio, el hombre esclavo sentimental del amor que le inspirasen varias mujeres *bien amadas*..., según él las denominó; esclavo de la desgracia, de la dolencia, de la

fatalidad; esclavo, en fin, de la idea de independencia y libertad del noble pueblo de sus antepasados. La lectura del drama de Göethe le conmueve y, despertando en su sangre ardores indómitos, canta con exaltación sublime al héroe que, al morir en el cadalso, predicó con el ejemplo el amor a la independencia y libertad de un pueblo y a la noble y altiva execración de una tiranía que invade guerrera y encadena despiadada.

Críticos ha habido que por ser a la vez literatos no han podido sustraerse a la crónica: Peña y Goñi entre ellos. Recuerdese que el P. Coloma, al describir una función en el Teatro Real, al que lleva a las principales figuras de su célebre novela *Pequeñeces*, traza un cuadro de la magnífica sala, pero cuando habla de la ópera que se cantaba, *Dinorah*, echa mano a *La Epoca* y copia, advirtiéndolo honradamente en acotación oportuna, una crónica de Antonio Peña y Goñi.

Cierto, ciertísimo, que hay Música que no necesita crónica, ni crítica, ni literatura alguna para adueñarse del alma de quien la oye y la siente. Había de resucitar Homero y su genio no diría más que lo que dicen la Marcha fúnebre de la Sonata en La Bemol mayor y Sinfonía Heroica de Beethoven. Si a la vida volviese Virgilio, ¿qué poesía bucólica podría escribir que expresase más que la Sinfonía Pastoral del excelso maestro de Bonn? ¿Qué poeta, por inspirado que fuese, podría revestir de mayor misterio al tiempo *A modo de marcha* del Quinteto en mi bemol, de Schuman, a los impromptus de Schubert, y más poético ensueño a las Condoleras de Mendelsshon?

Nuestro glorioso Pérez Galdós pone música de Beethoven a uno de los capítulos de *La desheredada*. Es aquel que nos presenta a la marquesa de Aransis cuando va a penetrar en el dormitorio de su hija, años después de la muerte de la infeliz esclava de sus pecados. La marquesa vacila y tiembla, su nieto toca el piano cerca de la estancia que tanto misterio guarda. Ejecuta el adolescente música de Beethoven, y el novelista con la intuición, con la clarividencia patrimonio de los genios, describe la tocata con prosa diamantina en la que no hay una sola palabra del tecnicismo pianístico, y, sin embargo, aquella música así descrita, no deja lugar a duda, es de Beethoven. Acaso la Sonata Apasionada, tal vez la Aurora, ¡quién sabe si la Patética! Es, en fin, la que corresponde a la inquietud espiritual de una mente atormentada.

En la *Sonata a Kreutzer*, la novela de este mismo título, Tolstoy da a la expresión del violín más poderoso influjo que al lenguaje material de un alma enamorada.

Hay momentos de grandiosidad musical que requieren la au-

sencia de las palabras. Wagner lo proclama de hecho en pasajes de su Tetralogía. Sigfredo llega ante la guarida de Fafner, reposa y medita antes de desafiar al monstruoso dragón. Calla el héroe, habla la selva. Le bastan al pentágrama sus notas para producir emoción profunda en el auditorio y pensamientos: ¡por qué no acaba muda de palabras la patética escena con que finaliza la jornada!

Llegamos a la cacería en la penúltima etapa de *El ocaso de los dioses*. El hijo de Siglinda termina el relato de sus andanzas por los valles del Rhin. Hagen clava traídoramente su lanza en la espalda de Sigfredo. Cuando el moribundo exhala el suspiro postrero, todo enmudece, menos la música, el único lenguaje capaz de hacer sentir el escalofrío del terror en un cuadro de elegía. El fúnebre desfile conmueve y atrae lágrimas a los ojos. Wagner ha trazado una de las páginas más sublimes de su fecunda producción. Lo que no podría expresar con palabras, lo dice con la música.

También se llora de alegría, es verdad; y la alegría humana es canto que surge de los labios para fundirse con el de los instrumentos y redoblar la expresión de lo grande y solemne. Es, en fin, la novena Sinfonía de Beethoven en su último tiempo.

He de confesar que muchas veces lo intenso de la emoción ante lo que había oído opuso resistencia a mi labor de cronista, porque la grandeza musical se confundía con la del sorprendente espectáculo que la servía de marco. Perdura imborrable el recuerdo de la primera audición de la Consagración del Grial de *Parsifal* en una plaza de Toros.

¡Profanación de la Consagración del Grial más bien! —pensaréis al escuchar estas palabras mías—; pero no, os aseguro que fué una doble consagración: la que da asunto a la soberbia página wagneriana, y la de un pueblo culto y filarmónico.

Era el verano de 1891. La última escena de la primera jornada de *Parsifal* había sido interpretada en Madrid, en el Teatro Real, por la Sociedad de Conciertos, solistas y coros bajo la dirección del inolvidable Mancinelli.

Antonio Peña y Goñi sugirió a un popular empresario el proyecto de la magna audición en el Circo taurino de San Sebastián. Secundé con fervor la iniciativa del esclarecido escritor musicógrafo, gala que fué de esta Academia. Mancinelli se hallaba en Londres dirigiendo el Govent-Garden. Algún trabajo nos costó vencer la resistencia del apóstol en España de la música wagneriana a dirigir un fragmento de *Parsifal* en sitio destinado a la lidia de reses bravas. Vencida finalmente, lo

que parecía vesánico proyecto, resultó espectáculo grandioso y conmovedor.\*

Se llenaron de espectadores todas las localidades, absolutamente todas, y las mil sillas colocadas sobre la arena del redondel, del cual se reservó el espacio necesario para la tribuna destinada a orquesta y cantores.

No existe literatura narrativa para describir el cuadro ofrecido por diez mil oyentes escuchando, como en éxtasis, la versión musical de la grandiosa y sacra página en el mismo local donde, veinticuatro horas antes, había tronado el vocerío, y en el que parecía palpar todavía, con el eco del estrépito, el olor de la sangre derramada. Cuando sonaron las postreras campanadas del Templo del Grial y se esfumaron en el espacio las últimas notas vocales cual eco de cantos celestes, la enorme concurrencia, puesta en pie, aplaudía con entusiasmo rayano en frenesí. Se asomaban lágrimas a los ojos de muchos espectadores que, en la tarde anterior, sólo habían dejado asomar a sus labios gritos desahogados y denuestos injuriosos para los toreros.

Una tarde fué también cuando asistí a un Concierto orquestal en Laussane. Ante el Palacio de Justicia, en una explanada presidida por la estatua de Guillermo Tell y orlada por árboles milenarios, con el inmenso lago Lemán a la vista, y más allá, una lejanía de ensueño en la que los Alpes Saboyanos revestidos de un colorido verde chillón y aterciopelado y con la nitida nieve por corona, parecen la gradería de un trono de Dios. En un rellano que adrede puso la naturaleza para que sirviese del más suntuoso palacio de la música, formó una orquesta con un piano entre su instrumental. Limitaba el improvisado salón una cinta tendida de árbol a árbol, frágil valla para quien ignore que estaba puesta por la autoridad y que todo lo que es signo de ella adquiere en Suiza carácter inviolable.

La orquesta ejecutó la Sinfonía Montañesa, de Vicente d'Indy, y de nuevo mis anhelos de cronista vacilaron impotentes ante lo inenarrable de aquel verdadero poema de un pueblo naturalmente montaraz que, en el silencio de la emoción, siente en el espíritu, descrita por la música, la montaña que ofrece a sus ojos la espléndida naturaleza. La Sinfonía le conmueve; le suena a *Te deum* más que a Sinfonía.

Y ahora, para terminar, permitid a un fervoroso devoto de su profesión, romántico trovador de la crónica musical, que defina uno de los aspectos de su misión periodística. Al menos quisiera que fuese, no sólo reflejar un pretérito vivido e inme-

diato, sino realizar labor práctica para el porvenir. Por ejemplo, en estos instantes que, gracias a feliz, regia y plausible iniciativa, da sus primeros pasos por el terreno firme de la realidad una fundación de Ciudad Universitaria, conseguir que albergue también a la enseñanza de la Música, que hoy vive en pupilaje, y hasta de prestado, mientras se repara su viejo alojamiento, que no por vejez, sino por insuficiencia y mediocridad, no es propio de la grandeza de un Arte que da gloria a España y que, en su sentido pedagógico, da noble carrera a miles de jóvenes que, como los que siguen otros estudios, representan un sector importante de las palpitaciones cerebrales de nuestra patria.

Tened en cuenta, señores Académicos, que convivían y conviven dentro de mí el culto a la Música, de la que soy un apasionado, y el entusiasmo por la profesión del periodismo. Si no por enamorado, sería un agradecido al divino Arte. Dios, en sus altos designios, que acato con resignación cristiana, ha querido que me quede ciego. Escribo a máquina y, al manejar su teclado, me hago la ilusión de que torno a la niñez y toco el piano... La implacable sombra de la ceguera me priva del sentido de ver, pero esa pérdida debe reforzar el de oír —¡siempre es un consuelo!— y el deleite moral se intensifica en mi espíritu. Así la belleza inmaterial, más belleza por eso, por ser incorpórea, penetra más entera y fascinadora en mí. Es luz ideal que alumbra mis tinieblas. Permitidme una audacia de exaltado enamoramiento: sin ver, veo más que vosotros viendo. ¿Comprendéis cómo en medio de mi desgracia debo ser agradecido?

Y si no fuese mi gratitud por razón ideológica, tendría que serlo por fundamento más prosaico, por aquello que con su proverbial y fino humorismo, decía nuestro insigne Arrieta: «La Música es manjar tan bueno, tan bueno que no hace daño ni aún a los que no la digieren».

HE DICHO.



DISCURSO  
DE  
DON JOAQUÍN LARREGLA



## SEÑORES ACADEMICOS:

Han querido las circunstancias, que el único miembro de esta Real Academia que por serlo también de la Sección de Música y periodista de vocación, hubiera apadrinado en derecho propio a este nuestro nuevo compañero, fuera aquel inolvidable D. Antonio Garrido, de cuya pérdida hoy hacemos público nuestro dolor, después de haberlo tenido inconsolable y hondo en las meditaciones silenciosas del íntimo sentir de cada uno. Son nuestras penas y nuestras alegrías, eso precisamente, *nuestras*, porque en este consorcio de actividades que supone una corporación de esta índole, el trato de todos los días, la colaboración de actuaciones y hasta el mutuo afán por la mejor marcha de nuestros trabajos, nos dejan hermanados y unidos dentro de la familia corporativa con la enérgica soldadura del afecto. Y si éste nos hace copartícipes de venturas y sinsabores, queda ya clara la consecuencia del dolor que en todos ha causado la muerte del que fué compañero asiduo, entusiasta por el Arte y constante buen amigo.

Y cumplido este sincero recuerdo para aquel querido compañero a quien la fatalidad quiere que no volvamos a ver, sean ya nuestras palabras de saludo cordial para el que hoy viene a hacer honor al sillón que aquél dejó vacío, honrándose al mismo tiempo al ocuparlo y a todos al acompañarnos.

Para presentar a Angel María Castell, me ha designado la Academia, y en verdad que ello se me antoja empresa difícil, de la cual no acierto a salir airoso, pues, siendo todos vosotros artistas de profesión, siéndolo él de corazón, viviendo unos dedicados al acoplamiento, a la organización, a la síntesis de los elementos que integran la obra artística y él al análisis, al desmenuzamiento de estos componentes, siendo él en su calidad de portavoz de la opinión estética, algo así como un catador de itinerarios espirituales de los que nosotros sólo somos modestos organizadores, siendo su juicio un reactivo de prueba sobre el

que observamos la calidad de nuestro producto, el nombre de Angel María Castell, no podría ser desconocido sin que previamente renegásemos de esa opinión artística que él subraya y sobre cuyos hombros entusiastas se os elevó hasta consagrarnos en este sitio, donde parece que para que no desmayemos, atisba con mirada curiosa nuestras tareas de Arte Patrio, esa, que pudiéramos apellidar musa de la Academia y que un día para honor de España nos legó nuestro glorioso Goya con el castizo nombre de la «Tirana».

Porque Castell, a pesar de que en su gran modestia sólo se reconozca a sí mismo como informador de acontecimientos musicales, y con su amor por la profesión periodística haya cultivado preferentemente la crónica musical, donde a título de noticiario que todos leen se encauza y se selecciona el gusto público, lleva dentro de sí un alto espíritu crítico, que no podrá menos de reconocer todo el que con él haya platicado sobre asuntos musicales.

Apasionado por el divino arte, desde muy joven, discurriendo sobre él hasta la edad madura, con un feliz criterio en materia artística, amigo de los músicos más célebres que ha habido desde hace cuarenta y cinco años, confidente del gran Peña y Goñi, con quien tantos puntos de semejanza tiene, conviviendo en París y Bruselas con Albéniz, a quien estudia y comenta, y finalmente, asistiendo durante una vida al espectáculo musical, libre de los prejuicios de emulación profesional, con el juicio sereno del espectador a quien sólo interesa el sabor de los manjares sin importarle las condiciones personales del condimentador, Castell tenía forzosamente que ser un exacto valorador de obras musicales. Pero a Castell esto no le interesa; esta fría labor de disección (como él nos ha dicho) para averiguar qué grupos musculares son los que contraen el gesto doloroso de la música del sordo de Bonn, o merced a qué receta contrapuntística pudo deslumbrar con sus destellos la formidable antorcha wagneriana, quédese para el meticoloso analista de laboratorio. Lo interesante de la antorcha es el resplandor, no el combustible. Lo contrario es (¿quién lo duda?) también de interés, sobre todo para el artista que concibe y que necesita, hasta cierto punto, el consejo desinteresado de quien pueda darlo, para ir rectificándose en su producción; pero hasta cierto punto, pues en Arte todo es pureza de sangre y el astro que no brille con su propia luz, será difícil que se encienda al resplandor prestado de las lecciones ajenas. ¡Efímera gloria aquella de Avellaneda, queriendo aromar su vivienda con la fragancia de los frutos del cercado ajeno, que sazónaba el sol

Cervantino! El parto artístico para que dé engendros de perfecta fisiología, ha de ser fácil y no laborioso; la tan nombrada difícil facilidad, no es patrimonio del genio, que por el contrario encuentra fácil lo que es para otros imposible. ¿Son por ventura las obras de Chopín, hijas del cálculo, del método y del estudio?; no, son llamaradas de un fuego momentáneo. A Chopín me lo imagino en su estancia desordenada, junto al ventanal, frente al poniente melancólico, devorándose a sí mismo en la fiebre de su tisis; y es entonces cuando una lejana evocación, un recuerdo, acaso un viejo perfume amado, le hace cantar; ¿qué hay en su obra del prejuicio técnico con que nos han atormentado algunos exquisitos, amontonando dificultades por el miedo a parecer sencillos?; bien venidas sean, sí, todas aquellas dificultades que no lo parecen, porque en realidad nunca fueron dificultades, pues surgieron en la espontaneidad de la creación. El metro en que escribió Jorge Manrique su memorable Elegía, era en la época medioeval un metro difícil, pero quedó, porque servía de ropaje a una de las más altas producciones de la lírica castellana. El artista ha de valerse de los procedimientos preceptivos (que por otra parte el gusto va modificando y puliendo) durante su educación, como el niño se sirve de un andador para aprender a sostenerse, que cuando sepa andar mejor irá sin él; el buen gusto y el instinto no olvidan lo bueno aprendido y se sirven de ello aun inconscientemente, pero no queremos andar de nuevo con andador, ni hacer arte consultando recetarios, porque nuestra obra saldrá torpe de movimientos, le faltará esa generación espontánea con que fueron concebidas casi todas las obras definitivas, ya que del artista pudiéramos decir que: «cuando quiere crear no crea y a veces crea sin querer». ¿Cómo, si no, hubiera surgido la más perfecta concepción del genio literario, «Don Quijote», en el incómodo recinto de una cárcel?

Nuestro nuevo compañero nunca ha usado la envidiable posición que en la Prensa española ocupa para ejercer esa crítica biliosa de eternas correcciones y censuras, con que algunos se imponen la obra de misericordia de enseñar al que no sabe y a veces al que no quiere aprender. Para las grandes concepciones musicales tuvo siempre sus más cálidos comentaristas y para los artistas desgraciados su más cortés silencio, que hartos se encarga la opinión de eliminarles sin necesidad de recurrir a hogueras públicas.

Después de cursar sus estudios universitarios comenzó su vida periodística en *El Imparcial*, en donde no encontrando puesto para sus precoces aficiones artísticas, pasó a otro diario que en-

tonces publicaba el Marqués de Santa Marta, para hacer las crónicas musicales; era la época en que Monasterio era aplaudido en el Salón Romero, y Vázquez, Mancinelli y Bretón dirigían la Sociedad de Conciertos en el Circo del Príncipe Alfonso, y en el Real competían Gayarre y Massini. En esta época publicó nuestro compañero su libro *Recuerdos de Córdoba*, en uno de cuyos capítulos, al referirse a Sierra Morena, hace una evocación de la Sinfonía Pastoral, y otro libro ocupándose del cancionero popular castellano. Sus andanzas por el extranjero en compañía de Albéniz y del pintor Darío Regoyos le inspiraron un libro titulado *El impresionismo de Albéniz en Música y el de Regoyos en pintura*. Pero su obra principal es periodística. Desde 1902 en que se fundó el diario *A B C*, a donde vino dejando la dirección de *La Voz de Guipúzcoa*, puede decirse que no ha habido manifestación musical en Madrid que no haya sido comentada por la pluma de Castell en una prosa clara, de escritor que tiene en cuenta a todos los que pueden leerle, como aquella del gran cronista Eusebio Blasco. Cuando se puso en escena por primera vez en Madrid *Parsifal*, Castell publicó una serie de artículos para preparar al público, artículos que fueron elogiados calurosamente por todos y muy especialmente por Mancinelli. Entonces, como antes había hecho Peña y Goñi para aleccionar al público cuando se estrenó *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, influyeron más en la comprensión de los auditorios estos trabajos aclaratorios que las traducciones literales, de tan difícil interpretación para los que hablan idiomas distantes del original.

Castell es un devoto incondicional del credo wagneriano, que ya propagaba desde la Prensa cuando aún aquí se consideraba al cantor de *Los Nibelungos* como a una clara demostración de las doctrinas de Lombroso. ¿Cómo olvidar (si con ellas se aspira el aroma del tiempo mozo) aquellas horas pasadas en la terraza del Gran Casino donostiarra, con Chapí, con Arrieta, con Albéniz, con Peña y Goñi, con Castell, sentados frente al mar, discutiendo sobre la nueva escuela que iba invadiendo orquestas y escenarios? Y un día, cuando estaba la atmósfera musical española cargada de fermatas y de calderones, en el ambiente superficial del veraneo, Castell, con Peña y Goñi, concibieron la idea de dar una audición de la escena de la consagración de «Parsifal» en la Plaza de Toros de San Sebastián, con la Orquesta y Coros de Madrid. El resultado, ya lo habéis oído en el discurso que acabáis de aplaudir. Una vez discutía nuestro compañero con un amigo, persona de alta cultura y muy comprensiva, pero que en cuestión musical se había calado

la armadura defensiva ante las tendencias nuevas, acogíendose al «cualquiera tiempo pasado fué mejor»; se hablaba de Wagner, y Castell le decía que en aquel momento aún se conocía muy poco en España de su vasta obra para que nadie pudiera formar aquel juicio adverso definitivo, y añadía:

—En el retablo del altar de la Música caben más santos de los que usted conoce. Además, no hemos oído la producción toda de Wagner. Esto es natural; usted mismo no conocerá seguramente toda la obra cuartetista, orquestal ni pianística de Schubert, por ejemplo.

--Creo conocerla—afirmó.

—Me atrevo a dudarlo, pero mañana lo veremos.

Y al día siguiente, reunidos varios aficionados, aquel llorado amigo y gran pianista Marqués de Rocaverde, que usaba el pseudónimo de «Leo de Silka», se sentó al piano, previo el anuncio de Castell, de que iba a tocar una poco conocida melodía de Schubert. La obra que el artista interpretó, maravillosamente, era el «Albumlat» de Wagner, y allí mismo pudo nuestro compañero, después de pedir perdón a su amigo por el engaño, proclamar que existía desde aquel instante un nuevo entusiasta del genio de Leipzig.

Pero Castell, espíritu amplio y comprensivo, con esa su virtud de la tolerancia, que es flor de la cultura, ha olfateado, curioso y ávido de hallar emociones, todos los intentos del Arte contemporáneo que, unos, han dejado ya su peldaño en la escala del progreso musical y otros (utilizando un símil de Claudio Bernard), han sido como los andamios sobre que se va construyendo el nuevo edificio y que una vez alzado hay que quitarlos, porque aquel falso monumento de madera tiene que caer, para que sobre el limpio azul del cielo se perfile altiva y majestuosa la gentil columna del triunfo. Desde aquella gracia, tan señora, de las danzas de Mozart y aquella serenidad primitiva de las tocatas de Bach, hasta la complicada sensibilidad de Strawinsky, Castell ha sabido hacer brillar ante sus lectores todas las facetas del diamante musical, todos los aspectos estéticos de ayer, de hoy y de mañana, tradicionalista y progresivo por ese ingenioso razonamiento que daba nuestro nunca bastante llorado Vázquez Mella cuando decía que «no hay tradición sin progreso que la origine, ni progreso sin tradición que le continúe».

Mucho agradecimiento debemos los profesionales del Arte a estos hombres que, en una labor ingrata, casi anónima, van infiltrando cultura en las gentes y colocando el lubricante de sus explicaciones entre las audacias del artista y las incom-

preensiones del espectador. Util es, ¿quién lo duda?, la crítica fría que juzga exclusivamente de técnicas y de procedimientos en términos propios para ser entendidos por el compositor o por el ejecutante a quienes va dirigida; pero nunca ocultaremos nuestro agradecimiento hacia esta otra que se dirige a esas masas para las que el artista crea e interpreta el idioma de la emoción original a cuyo servicio puso el autor sus conocimientos materiales y comenta el momento lírico, y no lo explica, porque hay cosas que no tienen análisis posible. Con siete notas y unas cuantas combinaciones cronométricas manejadas con arreglo a la más severa disciplina escolástica, puede hacerse una obra inexpresiva, pero con todos estos mismos elementos surgieron en una verdadera apoteosis de belleza, igual que nueve musas, las nueve Sinfonías de Beethoven; bien me decía al finalizar mis estudios aquel inolvidable maestro, mi padre espiritual artístico, D. Emilio Arrieta, que podía romper todos mis trabajos de armonía, de contrapunto y de fuga, y que ya, sabedor de que la Música era una sabia amalgama de sonido y de tiempo, no lo recordase más y sustituyese aquella noción de artífice por la otra de artista que sintetizó su amigo fraternal Abelardo López de Ayala en su famosa décima que define la Música diciendo:

«La Música es el acento  
que el hombre arrobado lanza  
cuando a dar forma no alcanza  
a su mejor pensamiento.  
De la flor del sentimiento  
es el aroma lozano,  
es del bien más soberano  
presentimiento suave  
y es todo lo que no cabe  
dentro del lenguaje humano».

\* \* \*

Bien haya el reglamento de la Academia que permite traer a su seno representantes de ese sector del mundo artístico, que al margen del profesionalismo técnico ponen la acotación de sus impresiones emocionales y nos hacen su confianza estética por boca de ese amigo inseparable del hombre actual, de ese amigo amable y comunicativo que nos saluda por la mañana y nos despide por la noche, que es el periódico. Desde su altavoz, paladines del buen gusto, hombres de la categoría de Castell, por su comprensión, por su tolerancia, por su cultura, por su talento divulgador y hasta por sus buenos sentimientos, pueden

hacer en favor del Arte, en favor de sus esforzados obreros (a muchos de los cuales la posteridad consagró, pero durante su vida hubieron hambre y sed de justicia), pueden hacer, repito, la más práctica obra de ayuda y de valoración. Y como quiera que el nuevo académico, que está sobrado de dotes para poder hacer esta labor, ya la ha hecho, sea este mi abrazo de bienvenida, abrazo también de agradecimiento en nombre de mis compañeros los artistas. Al ofrecérselo, quiero que no veáis en él tan solo la fórmula oficial de una ceremonia protocolaria y fría, no; tened presente que entre los brazos abiertos, detrás de la medalla académica, late un corazón.

HE DICHO.



